

EL OCCIDENTE.

DIARIO POLITICO.

EN MADRID.

EN PROVINCIAS.

AÑO III.—NUM. 732.

Jueves 21 de mayo de 1857.

EDICION DE LA MAÑANA.

MADRID 21 DE MAYO.

Fuente la instrucción pública de todas las mejoras sociales, principio y punto de partida para las diversas conquistas que haya hecho y pueda hacer la civilización en la esfera científica, industrial y mercantil, merece ser tratada con el mayor pulso y examinada con el más profundo detenimiento, si se ha de respetar el derecho imprescriptible de los individuos y los intereses más valiosos y más apreciables de las naciones. Armonizar aquel derecho y estos intereses es lo que constituye el gran problema de la instrucción pública, problema que en las regiones filosóficas no ha obtenido todavía una solución completa.

Ingenios peregrinos, pensadores sublimes y estadistas muy estimados, abogan fervorosamente por la libre enseñanza, repudiando la oficial como ocasionada á producir abusos, á crear monopolios en favor de determinadas personas, y á encadenar con reglamentos, las inteligencias privilegiadas, precisamente en el instante de tender su vuelo por el vasto ámbito del saber. Tienen á la verdad brillo semáforos doctrinarios y han cautivado muchos espíritus en varios países de Europa, pero la inflexible lógica de la experiencia ha demostrado, que por lo menos carecen de oportunidad, pues no es tan grande ni tan extensa la cultura que debe abandonarse á la conciencia individual el cuidado de nutrir la mente de las nuevas generaciones con los conocimientos mas indispensables. En España, se ha reconocido este hecho en términos tan absolutos, que la libertad de enseñanza solo figura como el apéndice del incoherente código político proclamado por la pequeña fracción democrática.

Una vez admitida y acatada como imperioso fallo de las circunstancias, la necesidad de que el gobierno fomente la instrucción pública y debilitar con su energía mano, la renoua que, á todo verdadero progreso en esta parte, constituyen envejecidas preocupaciones, es preciso que se organice y afiance un sistema legal. Pasos cortos y no muy seguros habíamos dado en este escabroso camino; habíamos planteado sin duda los buenos principios, pero faltaba dotarles de la cohesión posible y conveniente; faltaba oponer un veto formal y solemne á toda variación caprichosa; faltaba, en resumen, una ley que expresara las últimas aspiraciones de la ciencia y marcara distintamente las órbitas dentro de las cuales pueden desarrollarse los diferentes ramos de la enseñanza general.

Nosotros creemos que el proyecto de ley leído en el Congreso en la sesión del día 15 del actual por el ministro de Fomento, tiende á realizar perfectamente estas difíciles como importantes condiciones. No es propiamente una ley de instrucción pública, sino el compendio de las bases inmutables sobre que ha de reposar toda la legislación relativa á este interesantísimo asunto.

La instrucción está dividida en tres grandes secciones; elemental, preparatoria y profesional. La primera debe alcanzar á todos los individuos y debe ser obligatoria, prescripción que se halla recomendada por las mas sanas é incontrovertibles doctrinas y por el convencimiento íntimo y exacto de las erróneas creencias que todavía subsisten en el seno de las masas populares. La instrucción primaria es la verdadera sávia de la vida social, es la patente de suficiencia que exhibe el individuo en la vasta esfera de sus relaciones; es el elemento indispensable para que el ciudadano pueda manejar sus negocios y dirigir los propomunales que se le hayan confiado, y es, por último, el escudo que le preserva de los ataques fulminados por la mala fé ó por una codicia procaz.

El gobierno, como gobierno, como protector nato de todas las fortunas legítimas, tiene la obligación de velar porque los intereses particulares y generales experimenten la menor perturbación ó detentación posible, de disipar la ignorancia que es el origen casi único de cuantos conflictos estallan en la vida civil, y de hacer que los hombres á quienes algun día puedan encomendarse las mas caras aficiones de sus conciudadanos, se muestren dignos de esta delicada misión. La instrucción elemental puede adquirirse en las escuelas públicas y privadas, y aun en el hogar doméstico, lo cual nos parece también muy cuerdo, porque muchas veces, la voz cariñosa del padre penetra mejor en la firme alma de sus hijos que el imperioso acento del maestro, y porque de este modo se concilian felizmente las miras ilustradas del Estado con la libertad individual.

La instrucción preparatoria que forma el lazo, la articulación científica entre la primaria y la profesional, puede asimismo adquirirse en establecimientos públicos y privados, lo cual también revela el noble propósito de dejar las mas anchas márgenes á la espontaneidad del individuo.

La restricción empieza al tratarse de la instrucción profesional. Por muy bellas teorías que se hayan presentado en contrario, es lo exacto

que en orden de ciertas profesiones como la jurisprudencia, la medicina y la farmacia, la sociedad tiene un derecho á que no renunciara fácilmente, para exigir que las personas que ejercen estas altas profesiones, reúnan una suma de conocimientos, un caudal de ciencia y un criterio en lo posible exacto y luminoso. Un error grosero, la falta de erudición, pueden poner en inminente peligro, la honra, la vida ó la hacienda de muchas personas, y algunos de estos males son de índole tal y tan delicada, que no podrían remediarse después que hubieran ocurrido, y es por lo mismo preciso evitarlos con una prudente prevision. El gobierno solo conseguirá dar esas garantías al país, haciendo que los jóvenes dedicados á las profesiones mencionadas, obtengan por medio del estudio, en establecimientos públicos y bajo la dirección de hábiles catedráticos, la idoneidad necesaria para desempeñar cumplidamente sus arduas y espinosas funciones. Bajo este concepto, las bases primera, segunda y tercera, nos parecen una acertada confirmación de las disposiciones vigentes en la actualidad.

La designación de los recursos para sostener la enseñanza, la justa y debida consideración que se ofrece al profesorado público, y la promesa de fomentar las bibliotecas, academias y demás focos científicos, honran singularmente al gobierno y en especial al ministro que ha concebido y presentado este proyecto de ley.

Nosotros confiamos en que al discutirla, el parlamento tendrá muy en cuenta, que esta no es una cuestión de partido ni política siquiera, pero es por su índole, eminentemente patriótica, porque la instrucción de un pueblo revela sus grados de prosperidad, y sus elementos de porvenir.

Con el mismo ó superior interés que las anteriores sesiones del Senado, en que se ha discutido la contestación al discurso de la Corona, fué oída la que ayer se verificó en el palacio de doña María de Aragon.

Las tribunas todas siguen invadidas de gente con horas de anticipación, y ni uno solo de los señores senadores faltó á su puesto.

En la sesión que ayer tuvo lugar, el ataque contra el gobierno partió de los senadores progresistas, dando ocasion al gabinete, y ocasion muy natural, para alcanzar una nueva victoria, que seguramente no será estéril para el país, ni para la mayor afirmación y prestigio de los principios y doctrinas del partido moderado.

Pero el verdadero triunfo, el lauro, los honores de la discusión correspondieron por completo al general Narvaez y al joven ministro de la Gobernación, Sr. Nocedal.

El señor duque de Valencia abrió el debate de una manera digna y elevada, pronunciando un bellísimo discurso, elocuente y en alto grado patriótico y conciliador. El Sr. Nocedal terminó la sesión, arrebatando con su rara afluencia, con su poderosa y fascinadora dicción, y con arranques improvisados tan oportunos, tan felices y brillantes, que el Senado y las tribunas se vieron con frecuencia arrastradas á prodigarle espontáneos y merecidos bravos. Grande opinion nos merecia de orador elocuente y vigoroso el señor Nocedal, pero debemos confesar, y lo confesamos con singular complacencia, que ayer se elevó, en nuestro concepto, á la mayor altura entre los primeros de nuestro país. Su improvisado discurso abundó en períodos que dejaban suspender el ánimo, y estos períodos, sembrados de floridos, bellos y nuevos pensamientos, eran la maza que caía terrible y mortal sobre el que le habia puesto en el caso de hablar y de defenderse.

Nosotros felicitamos sinceramente al señor Nocedal, como felicitamos al señor duque de Valencia por sus discursos de ayer, y los felicitamos, porque sus triunfos son la mejor victoria que nuestras doctrinas podrían conseguir.

Empero no nos anticipemos á los sucesos, y prosigamos con orden.

Abrió la sesión el señor presidente, marqués de Viluma, á las dos menos diez minutos, leyendo el señor Ruiz de la Vega el acta de la anterior que fué aprobada, y después de darse cuenta de algunas comunicaciones, empezó la discusión sobre el dictamen de la comisión de contestación al discurso de la Corona.

Obtuvo la palabra el señor presidente del Consejo para hacer una manifestación importante, con motivo de algunas frases del general Lara, pronunciadas en la sesión anterior.

El general Narvaez, con la franqueza, precisión y sinceridad que ha sido su norma de conducta desde el primer día, dijo que el anterior no habia oído bien algunas palabras del general Lara, mas que después de leer en el *Diario de Sesiones* el cargo á que hacia referencia, debía expresar todo el pensamiento del gabinete en los términos mas propios y elevados. El gobierno, dijo, quiere la reconciliación, quiere el olvido y la union de todas las fracciones del gran partido conservador; quiere inaugurar una época de orden y de armonía, y al defender á los generales de Vicálvaro, que fueron por el señor Calonge atacados, defendió la política de conciliación del gabinete, así como al fin que se ha propuesto y

á que tiende, como hubiera defendido á todos los dignos generales que sirvieron las administraciones anteriores á la revolución del 54, si por acaso hubieran sido atacados.

Estas palabras que encierran toda una política; que tienen la mas alta significación en boca del señor presidente del Consejo de ministros, resonaron en el Senado agradablemente, produciendo un efecto tal, que cuando en seguida se levantó el general Lara para decir que aceptaba las expresiones del señor duque de Valencia y se daba por satisfecho, una general manifestación de acuerdo y simpatía acogió las frases del señor general, por lo que representaban y valian las del duque de Valencia.

Tocó el turno al Sr. Rivero para una alusión personal; y para protestar contra lo que en su discurso del lunes aseguró el general O'Donnell, y probar la razon de su protesta, empezó con un exordio demasiado extenso, pero fuera de oportunidad, por cuyo motivo el señor presidente le suplicó que se limitara á la alusión personal para lo que le habia sido concedida la palabra. Entonces el Sr. Rivero aseguró y demostró que no habia tenido la mas mínima parte ni relacion con los acontecimientos preparados por el señor O'Donnell, y que si obró como lo hizo, fué por efecto de las circunstancias. En su breve discurso hizo algunas interesantes observaciones atacando al conde de Lucena, y no fué la menos importante la en que se dolía del giro del debate, que tanto podia perjudicar á la disciplina del ejército.

Siguió en el uso de la palabra, también para una alusión personal, el señor general La Rocha, capitán general del Principado en julio del 54. Empezó esponiendo algunas buenas opiniones sobre los deberes de la milicia, y refirió en seguida los sucesos y circunstancias que le obligaron, no á pronunciarse, como habia sentado el señor conde de Lucena, sino á apoderarse de la situación, que amenazaba caer en Barcelona desde los primeros momentos, en la mas peligrosa anarquía. Transigió con el movimiento para evitar los peligros y las consecuencias del desorden, y mantuvo el orden mientras estuvo al frente de la capital del Principado. Pero de obrar con prudencia, con tino y prevision, á ser revolucionario, como habia querido significar en su discurso el general O'Donnell, hay una inmensa distancia, y esto es lo que ha querido demostrar y ha demostrado suficientemente el general La Rocha.

El señor senador Ferraz cedió su turno al señor Luzuriaga, y este señor senador se levantó para contestar á ciertas expresiones del señor ministro de Estado, aprovechando la ocasion para hacerse cargo de algunos de los muchos cargos que de todas partes y de todos los bancos se han hecho en las diferentes sesiones contra los hombres que gobernaron durante la infesta dominación progresista.

El Sr. Luzuriaga, de ordinario tan comedido y mesurado, queriendo contestar á algunas expresiones del Sr. Pidal que calificaba de agresivas, y hasta de feroces, ha estado á su vez mas que agresivo y poco mesurado, pues ha llevado la discusión á un terreno atrevido é inconveniente, que pudo envenenar y agravar mas el debate.

En vano el señor presidente, marqués de Viluma, le llamó al orden para que se limitara á rectificar, y sostuvo para ver de lograrlo, un debate con el orador progresista: el Sr. Luzuriaga se empeñó en pronunciar un discurso, y no dejó hasta que quedó satisfecho, después de haber dicho cuanto bien le pareció.

Pero el señor Pidal, contra quien principalmente se enseñó el senador progresista, se levantó á su vez, y con la fuerza de su lógica, de esa lógica inexorable é irresistible, contestó al señor Luzuriaga, abrumándole bajo el peso de una refutación completa. El señor ministro de Estado que se vió atacado tan rudamente y sin motivo, por expresiones de apreciación política que habia pronunciado el día anterior, no solo mantuvo sus expresiones, sino que después de explicar superabundantemente la razon de haberlas empleado, recayó é insistió sobre ellas, y cada nuevo argumento, cada cargo nuevo que salía de su fácil y potente oratoria, era un golpe duro é irresistible que asestaba contra los hombres, que faltos de prudencia, defendían los actos y las doctrinas de los gobernantes de la desdichada dominación pasada.

El señor Infante quiso también hacerse cargo de las palabras del señor ministro de la Gobernación, que habia calificado de *triste recuerdo*, el recuerdo de lo ocurrido durante el gobierno del partido progresista, y en mal hora la hizo su señoría, pues apoderándose de esta circunstancia el señor Nocedal, improvisó una oración bellísima que mereció la aprobación mas general y espontánea de la alta Cámara.

El señor ministro de la Gobernación trazó á grandes rasgos los hechos de la época de las constituyentes, que autorizaban en él la calificación de triste recuerdo, y probó de una manera irrecusable que le habia sobrado razon para expresarse del modo que lo hizo. Qué calificación merece, en efecto, como ha dicho perfectamente S. S., una época que empieza con la democracia

en las calles de Madrid, y acaba al resplandor de las hogueras de Castilla?

Con mucha oportunidad recordó el señor Nocedal el día en que se vió perseguido é insultado por una turba de miserables al salir del Congreso, después de haber espuesto y defendido ante la Asamblea sus principios políticos. En aquel día, decia el orador, solo tuvieron el valor de acompañarme dos amigos políticos, uno de los cuales se sienta á mi lado, y el otro veo en este momento en aquella tribuna, y aprovecho esta ocasion para rendirle el homenaje de mi gratitud. Las personas tan honrosamente aludidas por el Sr. Nocedal eran el señor Moyano, hoy ministro de Fomento, y el joven diputado D. Antonio de Jesus Arias.

La aprobación unánime de la Cámara y tribunas prueba sobradamente la verdad y la brillantez con que el señor ministro de la Gobernación se espresó ayer, y nos complacemos en consignarlo así.

Con este discurso notabilísimo se levantó la sesión á las cinco de la tarde, señalando la continuación de los debates para mañana viernes.

El apuro en que nos vemos cada vez que tomamos la pluma para reseñar las sesiones del Congreso, solo es comparable al que experimentaría un pintor encargado de hacer un cuadro sin lienzo, sin luz y sin colores; ó á la situación en que se hallaría un historiador de nuestra época á quien se impusiese el deber de escribir la crónica del siglo xx.

El Congreso no se ha ocupado hasta ahora mas que de actas; y las cuestiones de actas son, por su índole, por su forma y por su carácter de personalidad, las mas áridas, las mas monótonas, las mas pesadas y desagradables de todas las cuestiones. Los debates de este género, por variados que sean, tienen un sello particular de similitud y de analogía que los hace intolerables, lo mismo para los individuos de la Cámara que para los espectadores y para el país en general. No es, pues, extraño que en estos días se vean deshabitados los escaños del Congreso, convertidos las tribunas en dormitorios públicos, y reducida la crónica parlamentaria á la modesta categoría de un suelto de gaceta.

A estas causas naturales de marasmo parlamentario, hay que añadir las que resultan del contraste entre la languidez de las sesiones del Congreso y la animación de los debates en la cámara vitalicia. Concentrada en estos la atención pública, la ansiedad de los partidos y el interés del gobierno, se dirigen todas las miradas, se aplican todos los oídos y se encaminan todos los pasos al antiguo palacio de doña María de Aragon, saludando al pasar, con un gesto de indiferencia, la bandera que ondea sobre el edificio del Congreso. Aquí todo es soledad y calma; allá toda vivacidad y movimiento: en una parte los debates solemnes, los discursos magníficos, las improvisaciones caudalesas, las peroraciones ditiámicas, los sublimes arranques de elocuencia, de dialéctica, de erudición, de ingenio; en otra los polémicas soporíferas, las oraciones *pro domo sua*, las elucubraciones del señor Santa Cruz, en una palabra, las cuestiones de actas, duras, secas, escabrosas, cortadas á pico como los escalones del peristilo del Congreso. Y sin embargo, tenemos que ocuparnos de ellas, tales como son, porque nuestro deber así lo exige; mas por hoy seremos tan parcos, que no tendrán nuestros lectores ni siquiera tiempo para fastidiarse. Verdad es que aunque quisiéramos fabricar una ancha envoltura para la sesión de ayer, no tendríamos mucha tela de donde cortar.

Para dar alguna variedad á esta reseña y hacerla mas breve, no empezaremos, como otros días, diciendo que la sesión celebrada ayer por el Congreso careció de interés.

Tampoco diremos que se abrió á la una y media de la tarde, ni que era escasa la concurrencia de señores diputados, ni que la presidencia el señor Martínez de la Rosa, ni que fué leída por un señor secretario y aprobada por el Congreso el acta del día anterior. Nada de esto interesa al público, y por lo mismo está demás el consignarlo.

¿A qué conduciría tampoco añadir que se dió cuenta de varios documentos relativos á elecciones, los cuales pasaron á la comisión de actas, y que se leyeron algunos dictámenes de esta referentes al propio asunto? Vuelvan la hoja nuestros lectores, y lo hallarán en el extracto oficial de la sesión, sin necesidad de que lo copiemos aquí nosotros.

El diputado progresista señor Santa Cruz, se levantó á impugnar el acta de la sesión de Mayorga, distrito de Rioseco. La comisión la habia calificado de grave, pero opinaba al mismo tiempo que la índole de las protestas y los vicios que aparecían en la elección no eran suficientes para invalidarla ni para cerrar las puertas del Congreso al diputado electo señor Cuadrillero. Claro está que el señor Santa Cruz no participaba del parecer de la comisión, y que hallaba méritos bastantes, no solo para la anulación del acta, sino para que se pasase al gobierno un tanto de los cargos que arrojaban las protestas, á fin de que se castigase con todo el rigor de la ley á los autores de los abusos cometidos.

El señor Cuadrillero ejercía el cargo de juez de paz, y esta circunstancia le incapacitaba legalmente, á juicio del ex-ministro progresista, para ser diputado por aquel distrito. Tal era el principal de los cargos formulados por el señor Santa Cruz, primero, y después por su correligionario el señor Gonzalez de la Vega, que también atacó la validez del acta de Mayorga.

El Sr. Posada Herrera, presidente de la comisión, contestó, entre otras cosas, lo que ya habia manifestado en otra ocasion, al discutir las actas del señor marqués de Villamediana, á saber, que la jurisprudencia establecida por el Congreso era que los cargos gratuitos y obligatorios, como los de alcaldes y jueces de paz, no incapacitan al que los desempeña para ser elegido diputado. De otro modo, el gobierno tendria en su mano el medio de anular á los candidatos que no fueran de su agrado con solo nombrarlos para dichos puestos.

El interesado, Sr. Cuadrillero, habló también en defensa propia, esforzándose en probar que las elecciones se habian verificado con toda legalidad.

El Sr. Orobio, de la comisión auxiliar de actas, pronunció asimismo un breve, lucido y razonado discurso, en contestación al del Sr. Santa Cruz, é insistió muy principalmente en que el acta debía ser aprobada y proclamada como diputada el Sr. Cuadrillero, por la poderosísima razon de que en la seccion de Rioseco, de donde no habia protesta ni reclamacion alguna, obtuvo el candidato elegido mucho mayor número de sufragios que electores se habian presentado á votar en la seccion de Mayorga. Así lo reconoció y confesó también el mismo Sr. Santa Cruz.

Impacientes los señores diputados por ver concluida la sesión para trasladarse al Senado, pidieron la votación, la cual dió por resultado la aprobación del dictamen y la admision como diputado del Sr. Cuadrillero.

Quedó sobre la mesa un dictamen de la comisión de actas, proponiendo la aprobación de las de Casas-Ibañez (Albacete), y la admision del señor Gándara.

Seleyó por primera vez y pasó á la comisión, una enmienda á la segunda parte del párrafo quinto del proyecto de contestación al discurso de la Corona, de los señores Latorre, Yañez, Rivadeneira, Sanjurjo, Florez, Vazquez de Parga, Fuente y Barcones, para que después de las palabras «ayudar al gobierno de V. M. con todo su apoyo», se añada: «á fin de proporcionar el alivio que con la mayor urgencia reclaman las provincias afligidas por calamidades de tan larga, como incierta duracion.» Y después de las palabras «graves riesgos que corria la nación», se diga: «por falta de oportuno remedio.»

Señalada para la orden del día de mañana la discusión de los dictámenes de actas, que habian quedado sobre la mesa, se levantó la sesión á las tres.

La mayoría de los electores del distrito de Selaya, en la provincia de Santander, protestando contra los amagos de D. Juan Villalaz, candidato derrotado en la última elección, dirigen á las Cortes la instancia que á continuación copiamos:

«AL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS.»

Los que suscriben, vecinos y electores del distrito de Selaya, en la provincia de Santander, con el debido respeto esponen: Que á solicitud de D. Juan Villalaz ha recorrido el partido una esposicion, hecha bajo su direccion, quejándose de supuestos abusos cometidos en la última elección de diputados, y de violencias ejercidas por la autoridad superior de la provincia en perjuicio de su candidatura.

Ni los reprobados manejos puestos en juego para conseguir una cifra de firmas, á que no llegó con gran diferencia en la votación, ni la marcada falsedad de los hechos alegados, ni la suposición de firmas de sujetos que quizás no la suscribieron, y sin embargo aparecen en ella, ni los ofrecimientos y halagos con que para época no muy lejana se fascinó la esperanza de muchos incautos, inspiraban el menor recelo á los que, desengañados de su nulidad, le retiraron su confianza para depositarla en otro mas capaz, que representase mas dignamente sus intereses; pero al saber que abultando hechos desapercibidos, se propone sostener una nulidad que seria el colmo de la injusticia, haciendo alarde de una influencia que no tuvo jamás sino prestada, tienen un deber, que desempeñan con gusto, de hacer sentir su voz en ese recinto, para que la verdad de las cosas recobre su imperio, y recaiga en su virtud el inexorable fallo que la justicia reclama.

Ni las coacciones que se denuncian son ciertas, ni los abusos de que se queja el señor Villalaz son exactos. Los que suscriben, que constituyen esa mayoría contra la cual se subleva el agravado, así lo consignar y declaran, cuyo testimonio están dispuestos á ratificar en las urnas, si fuese veinte veces necesario.

Lo que sufre hoy el señor Villalaz es una consecuencia precisa de su conducta como diputado, que la opinion pública reprueba y condena ejerciendo la soberanía del derecho de elección; es la justa espacion que la Providencia reserva siempre á los que no llenan cumplidamente su cometido, y burlan las esperanzas de los pueblos con mentidas promesas que, en último resultado, se pagan siempre.

Si el señor Villalaz recordara que para una de sus últimas elecciones, siendo candidato ministerial, fueron llamados á la capital de provincia tres alcaldes de las villas pasiegas, cuyos electores formaban mas de una tercera parte de la votación del distrito; sino hubiera olvidado que

Pero el señor general Concha no podía estar mi lado, y por consiguiente le ofrecí el mando, para ponerme yo al suyo y defenderle con la lealtad que siempre lo he hecho. El señor Concha no admitió; pero creyendo que era el más apropiado en aquellas circunstancias, le cedí el mando del ejército, reservando, como la capitana general.

El señor marqués del Duero, unido a mí, resistió también a las exigencias de la revolución. La Milicia no llegó a armarse; pues si bien consintió en la creación de dos batallones, luego entendiendo que no les dio armas.

Señores, la revolución se había desahogado contra mí; a cada hora del día salía un sueldo, que yo miraba con indiferencia, porque nada podía decir en perjuicio de mi buen nombre; y en efecto, solo decían que yo no era el hombre de la revolución, y eso no lo negaba yo.

Llegó el 5 de agosto. Serían las ocho y media de la mañana cuando el señor Concha entró en mi habitación y me manifestó que había 12,000 hombres reunidos que pedían mi dimisión. Deseé mil hombres no se pudiesen reunir en Barcelona; pero había llegado el caso en que yo podía ir y ir más adelante; creí que debía de ir el mando, y lo dejé. Las circunstancias harían que necesitara alguna concesión, y yo no podía otorgarla; porque, señores, si yo hubiera descendido de la altura a que me remonté, la revolución se hubiera precipitado.

Puse un oficio al señor general Concha para que se encargara del mando, y yo me embarqué, primero en un vapor inglés, y luego en el de guerra Lepanto, que me condujo a Francia; no a emigrar, sino a recoger a mi familia que allí se hallaba, para volver después a Madrid, como lo hice. Presentándose al señor general conde de Lucena, ministro de la Guerra.

Por lo dicho se conocerá que el señor O'Donnell estaba mal informado respecto de mi conducta en Barcelona, cuando dijo se había hecho el pronunciamiento poniéndolo yo al frente. El 25 de setiembre publiqué una carta en la cual negué tal suposición, y me declaré contrario de la situación de entonces.

El Sr. PRESIDENTE: El señor Ferraz tiene la palabra para una alusión personal.

El Sr. FERRAZ: La cede al señor Luzziaga.

El Sr. LUZZIAGA: Señores, no solo alusiones, sino injurias se han dirigido por algunos de los señores ministros al gabinete de que formé parte. Yo tenía mucha repugnancia a exacerbar las pasiones bastante escitadas, y me condenaba al silencio; pero el señor ministro de Estado, contestando antes de ayer al señor San Miguel, decía lo siguiente:

«S. S. es de los hombres del partido progresista mas notables, y estos, como el señor San Miguel, son ciertamente los hombres mas funestos para la gobernación del Estado. En frente los tengo: nunca tienen valor para defender sus opiniones; nunca se levantan a ellas cuando ven abusos; se contentan con florarios en el seno de la amistad; pero no tienen el valor de sus opiniones, ni las sustentan cuando es oportuno.»

«Nosotros hombres funestos! El señor ministro de Estado no tiene motivos para tratarnos así; ha faltado a todas las conveniencias parlamentarias; y para dar un ejemplo como ese, ha sido necesario que venga su señoría a este recinto, donde no puede entrar como senador, sino como ministro de la Corona. Jamás se han quebrantado en este sitio para nada ni para nadie los fueros de las minorías.»

Pero el señor ministro de Estado ha faltado además a la razón y a la justicia. Para demostrar S. S. eso, he dicho que no he hallado, he dicho que no he hallado los buenos principios cuando era necesario hacerlo. Testigos los señores ministros de Fomento y Gobernación. Ellos pueden decir sino hemos defendido los buenos principios en las Cortes constituyentes, acompañados a S. S. algunas veces, ayudándonos a vencer con nuestros votos, y sosteniendo siempre lo que creíamos mejor.

S. S. ha escogido mala ocasión para tratarnos así, puesto que lo hizo discutiendo con el señor San Miguel que de parte se había defendido mejor el Trono de la Reina. Con el señor San Miguel, que en momentos supremos era el único escudo de la Reina, el ángel tutelar de Madrid, el consuelo de las familias, el custodio de la propiedad, a quien tal vez el mismo señor Pidal alababa desde el último rincón donde había ido a guarecerse, y quizá le debía alguno de esos vivos que, al parecer, son el esfuerzo supremo de su entusiasmo.

Debo contestar, aunque sea de paso, a una alusión que también nos dirige el Sr. Vahamonde, diciendo que cuando subíamos al poder gobernábamos siempre la anarquía. Por fortuna, el señor presidente del Consejo de ministros me ha quitado la mayor parte del trabajo que yo necesitaba emplear para justificarlo, asegurando (en una primera edición) que los desmanes de tres ministerios y (en una segunda edición) los de cinco años anteriores a julio de 1854, habían preparado la revolución y la habían hecho necesaria. Se ha demostrado además que los hombres funestos que se sientan en estos bancos no la ejecutaron.

Y no es solo el señor presidente del Consejo de ministros el que se ha expresado en los términos que el Senado ha oído, sino que me parece oír resonar todavía la voz del ministro de la Gobernación glorificando la revolución de 1854. Yo no voy tan allá, a pesar de que se me llama revolucionario; tengo fe muy viva, en la ley de continuidad progresiva impresa por Dios a la humanidad, y su cumplimiento lo veo constantemente en la historia. Por eso no he conspirado, ni conspiro, ni conspiraré, como dije en las Cortes constituyentes. Pero cuando se convocaban las leyes no dejando a los ciudadanos un recurso legítimo, y veo hombres esforzados que salen a su defensa, y Dios bendice sus causas, los saludo y creo que el mundo no puede negarles la amistad de la necesidad.

Ciertamente no quedáramos con esto justificados. Hecha la revolución por otro, ¿era nuestro deber? Volver a la sociedad sus condiciones normales. S. S. confunden los tiempos; se nos echa la culpa del descomulgamiento de la sociedad, y solo somos llamados para encauzarla cuando se encuentra desviada.

El señor presidente del Consejo de ministros me ha quitado también el trabajo de justificarme en este punto. S. S. ha dicho noblemente que mi amigo el conde de Lucena le dio creada la situación; es decir, que yo señorita lo encontré todo hecho. Y mi amigo el conde de Lucena es muy hábil para negarnos el haberle dado todos los elementos que necesitaba para la reconstrucción de la sociedad, proporcionándole cuantos hombres necesitaba, cuando ninguno le fué preciso, y el primero, mi digno amigo el señor duque de la Victoria.

Todavía me parece que estoy oyendo la discusión entre el señor duque de la Victoria y el señor conde de Lucena sobre si habían de ser 70,000 hombres los que se habían de pedir o se pedirían mas, como decía el duque de la Victoria, por considerarlo necesario. Se ve, pues, que nosotros algo hemos hecho, y la verdad es que no son los amigos del orden social los que pueden dirigirse ese cargo. Mas difícil nos sería responder a los que nos acusan que hemos llevado nuestro amor, nuestra pasión por la reorganización de la sociedad, hasta la insensatez, hasta el suicidio.

El señor ministro de Estado nos ha dirigido otro cargo mas punzante, un cargo que envuelve una acusación de traición. Es posible que no haya comprensión de S. S. toda la gravedad de lo que digo ayer: me refiero a las palabras que pronuncié respecto de la sanción de la ley de desamortización; pues traición habrían si nosotros hubiéramos arrancado a S. M. esa sanción del modo que se ha supuesto. Si yo fuera culpable de ese delito, yo mismo me condenaría a muerte. Para sincerarme de ese cargo, no voy a hacer las reservas del señor conde de Lucena. Mi honra está sobre todo lo que hay en el mundo, y voy a decir la verdad.

Yo quiero referirme a la memoria del señor marqués de Pidal, que motivos tenía para hacerlo; me referiré a lo que los señores senadores, a la de todos los hombres de la patria, que recuerdan la situación en que se encontraba Madrid el día de la sanción, agravada con el izamiento del cañon, con el alzamiento inminente de la facción en Cataluña, y en fin con la descomulgación de la patria. Presentándose los ministros que, de negarse la sanción de que se trataba, vendría instantáneamente una catástrofe que trajera la ruina del trono y de la sociedad entera. Esto era nuestro presentimiento, y no solo nuestro, sino que entonces lo era también el del señor Pidal.

Casualmente, veo en frente de mí a un alto dignatario de palacio, persona de mi singular amistad, al señor duque de Medina: S. S. y los dos dignatarios de palacio, de uno y otro rango, de uno y otro sexo, todos participaban de nuestro presentimiento, y todos unánimemente me prestaron su concurso en el segundo período que tuvo este acto, cuando yo estuve en Aranjuez. S. M. amante sobre todo de su país, se conmovió en firmar la sanción; y qué hicimos nosotros para que se diga que la arrancamos con violencia? ¿Cuál era el deber de los consejeros leales? ¿Que nos lo diga el señor Pidal. Si nosotros teníamos la ley por buena, nuestro deber era aconsejar su sanción. Nosotros no hicimos violencia, sino que cumpliendo con un derecho y un deber, ofrecimos respetuosamente a S. M. nuestra dimisión en el caso en que no se dignase sancionarla. ¿Es esto violencia?

Yo no creo que lleguen los deberes de un ministro hasta conservar su puesto cuando su conciencia se opone a ello; y si en la política del Sr. Pidal hay un delito en no inclinarse la cabeza ante los deseos de los reyes, en no adelantarlos y dejarlos precipitarse sin hacerlos ver los peligros que se prevén, no estoy conforme con ellos. Mi voto podrá valer poco para S. S.; pero por sus opiniones tal vez será de gran peso para el señor ministro de Estado. Esta autoridad es la del señor ministro Pidal, que en unión de Wellington vencieron la gran repugnancia de Jorge IV a dadas la autorización para hacer una concesión que creían necesaria para los católicos de Irlanda. Yo siento tener que ser tan severo en mi modo de expresarme; pero no puedo menos de hacerlo así cuando el ataque ha sido tan brusco, tan feroz y tan innecesario.

Yo siento que de ese banco haya salido un cargo de esa clase, sin considerar las consecuencias que puede producir. Yo no entraré en ese terreno muy a fondo, y solo diré que S. S. tan condecorado de la historia, recordará muy bien que hemos tenido un rey que decía que había sido forzado a una aceptación, y tras de esa declaración venía la proscripción de una infinidad de ciudadanos que habían hecho mil sacrificios para asegurar la corona que el Sr. había dejado caer de las manos. Eso muestra que el Sr. había dejado caer de las manos. Eso muestra que el Sr. había dejado caer de las manos. Eso muestra que el Sr. había dejado caer de las manos.

Lo que las Cortes han aprobado y la Corona ha sancionado es legítimo, y nadie tiene derecho a ponerlo en cuestión; porque de otra manera, no es fácil saber cuál ha de ser la regla de los ciudadanos, para poder averiguar los grados de espontaneidad con que se ha dado una sanción. No se puede, pues, ni se debe decir nunca si se ha arrancado una sanción con violencia o sin violencia.

Ha dicho el señor ministro de Hacienda que al aconsejar nosotros a S. M. la desamortización, destruimos los principios de moralidad. Al parecer, también estamos acusados de inmoralidad. Lo que siento es que ni el señor presidente ni el reglamento me permiten tratar esta cuestión ni aun por incidencia. Es además muy grave y no puede tratarse así. Pero lo que ofrezco al señor ministro y a sus compañeros si continúan en esos puestos, que son algo movidos, y sino a los que les sucedan, es que me permitan llegar a la oportunidad me demuestren que la posesión de unos bienes de que no se puede disponer y cuyos productos o rendimientos tan poco pueden apropiarse, pues también tienen que dar cuenta al Estado, que tal es la situación en que quedaron los bienes del clero por el Concordato; que me muestren, repito, si se me demuestran que esa posesión constituye propiedad. (El Sr. Carramolino: Pido la palabra en pro.)

Pues todavía mantengo mi promesa, si el respetable Sr. Carramolino me hace ver lo contrario de lo que yo digo. Explicar esto debe ser, en mi concepto, mas difícil al señor ministro de Hacienda, que explicar el empréstito Mirés y la cuestión de los cupones; supongo a que no se si dió celebrada el Sr. Moyano, o si el señor Moyano está destinado a recibir celebrada de los cupones.

El señor ministro de Hacienda, no comprendiendo bien sin duda la materia, dijo que con la desamortización habíamos cometido una infracción del Concordato, lo cual era un tratado internacional. S. S. se equivocan: el tratado internacional es el que media entre dos naciones, una de las cuales naturalmente es extranjera. Y véase como en esto somos nosotros mas católicos que S. S., pues para nosotros, sea el Papa romano o español, es al fin el jefe de la religión que profesamos, y no podemos considerarlo como extranjero, sino que tiene no el Concordato como un pacto de familia, no como un tratado internacional.

Por lo demás, yo no podré menos de decir que es una hipocresía obrar del modo que se hace si se tienen tales ideas. Si yo me creyera culpable de un robo o usurpación, lo primero que haría sería restituir; y no debe olvidarse que nuestro Código penal, califica de enriquecimiento a los que se quieren aprovechar de lo que otro ha hurtado.

Voy ahora a las alusiones del señor ministro de la Gobernación. Ocupándose S. S. de una época que cañón de triste recordación, incluyó la administración de que formé parte. Lo primero era felicitar al señor Calonge porque se le mostraba enemigo del olvido; sin embargo, el señor Pidal, a pesar de consignar la palabra olvido en el proyecto de contestación, su señoría se ha acordado de ciento cincuenta mil cosas.

El señor ministro de la Gobernación recuerda también por su parte, y con tristeza, que es lo peor, los actos revolucionarios de nosotros. Pero señores, yo vi al señor ministro de la Gobernación muy alegre, muy decidido, lleno de libertad, de tranquilidad, de seguridad completa, desahogado en aquel tiempo, y se me figura que aquellos trabajos no han sido estériles, y ahora le veo; por mi parte, que la tristeza no es mortal. Me siento por mi parte, porque los trabajos de S. S. no han sido infructuosos.

Nos ha dicho, y lo creo firmemente, que durante la campaña electoral no se ha estado con los brazos cruzados. Lo creo, y esplicando eso nos decía que debía influir en las elecciones hasta el límite que previenen las leyes; pero como no hay ley que los determine, la influencia de S. S. habrá sido sin límites. Pero si, ha habido un límite, cual es el de no forzar las elecciones en favor de los progresistas. ¿Dónde está ese límite?

S. S. nos ha hablado de renúncias o dimisiones. Sin duda se ha acordado de mí, porque yo era uno de los primeros cargos del Estado y dimité. Mas no lo hice por motivo fútil; no lo hice por desidia; no lo hice por un sentimiento de lealtad. ¿Cómo puede decirlo el señor ministro de Hacienda de la influencia que yo no me das que lealtad? No sé como esto ha podido utilizarse a una persona de tanta sagacidad como el señor ministro de la Gobernación. Y siento que al tratar S. S. este punto, haya empleado el lenguaje de la pasión, que nunca sienta bien a los ministros.

Téngase en cuenta que a los los empleados destituidos son inpecables, porque todos tienen derecho a que se les crea tales, mientras no haya pruebas en contrario. Señores: frecuentemente las destituciones se hacen aquí por un sentimiento político que no se comprende; y en esto me hará la justicia debido el señor ministro de Estado. Yo pongo por testigo al Sr. Pidal, que aunque está enfadado conmigo, estoy seguro que dirá la verdad.

S. S. está al frente del ministerio de Estado, que yo he desempeñado también; pues que se vean en esa secretaría las reposiciones ocurridas en mi tiempo. Amigos míos hay que me santan por no haberlos reemplazado; y lo hice porque antes que las afecciones individuales es el cumplimiento del deber. Finalmente, señores: tengo la firme convicción de que si hubiera sido destituido o trascurrido carteras, más o dos mil plazas de directores, sería mucho más plaza de jefes, y docientos mil de empleados, no habría disputa ninguna.

Ciertamente es una cosa extraña que no he podido comprender como un hombre que no robaba ni un real, firma a sangre fría y sin conocer a las personas de quienes se trata, firma, repito, la destitución de 100, 1,000, o 10,000 empleados, sin tener en cuenta que lo que firma es la ruina de 100, 100 o 10,000 familias. Si no se pone coto a esto, no habrá gobierno posible en el país.

Fuertes cargos me ha hecho también el Sr. Calonge, tratando a los ministros anteriores al del señor O'Donnell de revolucionarios, que no respetaron ni

trono, ni religión, ni nada. Yo digo a S. S. que las cuestiones de religión las hemos tratado con muchísimo respeto, porque mi padre me enseñó desde muy niño a hablar poco de religión y a practicarla bien, y me enseñó que mediera la cantidad de mis sentimientos religiosos por la de mi conducta personal.

Extraño es que una persona tan religiosa como el Sr. Calonge se haya mostrado, no haya citado aquí muy en armonía con una de las máximas religiosas. Su discurso puede ir unido con las edificantes homilias del señor ministro de la Gobernación, y con las pastorales llenas de unión del de Gracia y Justicia. Nosotros en el poder hemos obrado en punto a religión según nuestras opiniones, que nos dicen que la teocracia fue útil, acaso el mayor beneficio de la humanidad hace siete siglos; y una de las revoluciones de la ley de continuidad, que le tocó su turno. La teocracia hoy sería otra cosa, y muy funesta para nuestro país. Sería establecer la magisteria.

Por lo demás, nosotros hemos procurado la pureza de la religión al tratar con sus ministros, que es distinto de la de la religión, y hemos procurado seguir el precepto del Salvador: dar a Dios lo que es de Dios, y conservar lo del César como buenos guardadores. Esta ha sido nuestra conducta.

Ahora me permitirá el señor presidente que, aunque pocas, diga algunas palabras, contestando a una alusión de mi amigo el señor conde de Lucena, en la cual habrá mucho que hayan visto confirmada la idea de la existencia de una unión monstruosa, compuesta de fracciones de todos los partidos.

Sin embargo, señores, no hay nada de eso; cada uno está en su puesto, en su primer puesto: ni el progresista es moderado, ni este se ha hecho progresista; estamos acordados, y como ese milagro? Tampoco hay nada necesario tanto. Los principios eran los mismos, absolutamente los mismos; la diferencia está en su aplicación. Los unos cometen desmanes (el señor presidente del Consejo no lo ha dicho), que preparan las revoluciones; los otros procuramos evitar las revoluciones cumpliendo las leyes; todos convenimos en que la dinastía actual se sostiene sobre los hombres constitucionales pero los unos creen que basta el simulacro de la constitución, mientras nosotros creemos que es necesaria la legalidad; los unos creen que con abrir las Cortes una día, por ejemplo, y cerrarlas al otro día, por ejemplo, y cerrarlas al otro día, está cumplida la constitución; porque eso es conforme a un artículo de la ley fundamental, mientras nosotros, que creemos que la constitución no se observa si no se observan al mismo tiempo todos sus artículos, decimos: no es necesario que conforme se observe el artículo que da a la corona la prerrogativa de abrir o cerrar las Cortes, se observe el que concede al parlamento la facultad de estar en su puesto y de hacer las leyes.

Esta es la diferencia, y tanto, que yo creía que el señor Pidal estaba con nosotros, hasta que he visto esta tirada de balas rasas que nos ha dirigido.

«¿Qué principios son los que S. S. proclamaba hace dos o tres años? Absolutamente los mismos. Todas esas innovaciones que se hacían en el acto adicional propuesta por el señor conde de Lucena, no son innovaciones de principios, sino el medio aconsejado por la experiencia para hacer practicable los artículos de la ley fundamental.»

El señor ministro de Estado: El señor Luzziaga, con quien, en efecto, me unen desde muy antiguo relaciones de particular amistad, y a quien tengo singular aprecio como hombre privado, se ha resentido de una expresión que yo no puedo menos de ratificar en todas sus partes. Yo hubiera querido ver en S. S. mas sinceridad, y si me permite la palabra, un poco mas de buena fe. ¿Que he dicho yo, señores? Que aquellos que se llamaban hombres graves, progresistas moderados, eran precisamente en este país los hombres mas funestos a la gobernación del Estado. Tengo, señores, mi apreciación política, como cada cual tiene la suya, y creo que mis principios son los buenos, porque si creyera que lo eran los del señor Luzziaga, los recordaría como tales.

Sin embargo, S. S. ha creído de su deber decir que yo no tenía derecho para hacer esta apreciación política; pero voy a convencer a S. S. de la verdad de mi aserto. Si, señores, el Sr. Luzziaga y los demás Luzziagas que pueda haber en el partido progresista, son los hombres mas funestos a la gobernación de España, ¿cómo debo añadir que hay un paralogismo en S. S., puesto que cuando dice yo esto, fizo porque me vi atacado por el general Sr. San Miguel, en quien, a pesar de ser uno de los hombres que yo creía entonces, reconocí al mismo tiempo los servicios que en cierta ocasión prestó al trono y al país, siendo el obstáculo que se opuso a que se llevara a cabo ciertos proyectos que si es preciso tendré el valor de revelar.

Los llamé funestos, si, señores; y según el diccionario de la lengua, funestos es lo mismo que tristes y desgraciados; y tristes y desgraciados son siempre para la gobernación del estado esos hombres que, afectando ciertas maneras y ese tono meloso y suave que los distingue, no saben jamás tomar la actitud enérgica y decidida que les conviene.

Ha dicho S. S. que yo me metí en un rincón; y como sabe esto S. S.? Yo, señores, deplorando los males de mi patria, estaba en mi puesto, es decir, estaba en mi casa; después que la tranquilidad se restableció fui al Palacio de barriada en barriada; a ofrecer, no mi apoyo, porque era insignificante, no mis consejos que no se necesitaban, sino una prueba de mi adhesión.

No he censurado a los hombres a quienes me refiero por lo que han dicho en las Cortes constituyentes, sino por lo que han llamado; porque no han obrado de la manera enérgica y valiente que en aquella época debió desplegar; porque no han defendido sus opiniones aun contra sus mismos amigos, como lo he hecho yo; porque cuando se vio fuera del poder se alia, como ha sucedido siempre y sucede ahora mismo, con aquellos cuyos principios no son los suyos; porque solo cuando vieron el desbordamiento de las pasiones trataron de formar el centro parlamentario: en este concepto los califico de funestos. Volviendo ahora la hoja, después de no haber tenido suficiente valor para contener aquellos desmanes, se presentaron diciendo que jamás la Reina se ha visto tan acatada como entonces; cómo se atreven a sostener esto?

Decía S. S. que los moderados son los que desnaturalizan la sociedad, y que después hay que llamar a los progresistas para que la encaen len. Yo pregunté a los moderados: ¿cómo se atreven a sostener esto?

Decía S. S. que los moderados son los que desnaturalizan la sociedad, y que después hay que llamar a los progresistas para que la encaen len. Yo pregunté a los moderados: ¿cómo se atreven a sostener esto?

Decía S. S. que los moderados son los que desnaturalizan la sociedad, y que después hay que llamar a los progresistas para que la encaen len. Yo pregunté a los moderados: ¿cómo se atreven a sostener esto?

Decía S. S. que los moderados son los que desnaturalizan la sociedad, y que después hay que llamar a los progresistas para que la encaen len. Yo pregunté a los moderados: ¿cómo se atreven a sostener esto?

Decía S. S. que los moderados son los que desnaturalizan la sociedad, y que después hay que llamar a los progresistas para que la encaen len. Yo pregunté a los moderados: ¿cómo se atreven a sostener esto?

Decía S. S. que los moderados son los que desnaturalizan la sociedad, y que después hay que llamar a los progresistas para que la encaen len. Yo pregunté a los moderados: ¿cómo se atreven a sostener esto?

Decía S. S. que los moderados son los que desnaturalizan la sociedad, y que después hay que llamar a los progresistas para que la encaen len. Yo pregunté a los moderados: ¿cómo se atreven a sostener esto?

Decía S. S. que los moderados son los que desnaturalizan la sociedad, y que después hay que llamar a los progresistas para que la encaen len. Yo pregunté a los moderados: ¿cómo se atreven a sostener esto?

Decía S. S. que los moderados son los que desnaturalizan la sociedad, y que después hay que llamar a los progresistas para que la encaen len. Yo pregunté a los moderados: ¿cómo se atreven a sostener esto?

Decía S. S. que los moderados son los que desnaturalizan la sociedad, y que después hay que llamar a los progresistas para que la encaen len. Yo pregunté a los moderados: ¿cómo se atreven a sostener esto?

Decía S. S. que los moderados son los que desnaturalizan la sociedad, y que después hay que llamar a los progresistas para que la encaen len. Yo pregunté a los moderados: ¿cómo se atreven a sostener esto?

Decía S. S. que los moderados son los que desnaturalizan la sociedad, y que después hay que llamar a los progresistas para que la encaen len. Yo pregunté a los moderados: ¿cómo se atreven a sostener esto?

base que la Iglesia tiene propiedad en sus bienes. Pues, pues, S. S. empezaron a quejarse desde el primero hasta el último, y con ellos todos nuestros cuerpos legales, desde el Brevario de Aniano a la Novísima Recopilación y la Colección legislativa, y con ellos las obras de todos los jurisconsultos mas regalistas, incluidos Campomanes y Salcedo. No hay uno que no haya reconocido como buena la propiedad de la Iglesia. ¿Qué libros lee S. S. que tales doctrinas asienten? Sean los que fueren, bien puede S. S. quejarse, que haré en ello perfectamente y aliviaré su conciencia. (Risas.)

Dice S. S. que hemos sido unos ignorantes por haber dicho que el Concordato es un tratado internacional. (El señor Luzziaga: No, no.) No entendi bien: pero de cualquiera manera, el Concordato es un tratado internacional, que tiene toda la fuerza de tal, y algo mas que no necesita explicar, porque el señor Luzziaga lo sabe perfectamente. Entre tanto, la cuestión del Senado; la cuestión del gobierno; la cuestión del país es la siguiente: ¿Cree S. S. que, tratado internacional o no el Concordato debe observarse? ¿Cree S. S. que puede infringirse? Esta es la cuestión.

Entretanto, como si tal materia tan grave fuera a propósito para excitar la hilaridad, trata S. S. de poner esto en música, y dice: si la Iglesia no puede ser despojada de sus bienes, ¿por qué se los devolvía? Sr. Luzziaga, soy franco; la consecuencia es lógica; pero un gobierno que tiene que atender mas que a la lógica? ¿Me aconsejaria eso S. S.? Yo creo que no me pondría en ese riesgo. No, señores, esas cosas tienen otro remedio que la Iglesia jamás ha negado a un gobierno dispuesto a marchar en armonía con ella, a marchar como cumple al gobierno de una nación católica, apostólica, romana, sin mezcla de otras creencias.

Yo he dicho lo mismo que S. S. Una de las mayores desgracias de este país es que para cada empleo haya tres o cuatro pretendientes o que tienen derecho a él. S. S. añaden que este es el germen, el origen de las revoluciones, sin advertir que eso es aplicable a lo ocurrido en una revolución celebre, porque hasta entonces no se había descubierto el recurso de quitar a todos los empleados cuando un partido sube al poder: hablo del año 49. Hasta entonces no había pasado por la imaginación de nadie que para ser empleado se necesitase ser hombre político. ¿Qué tiene que ver, señores, la política con los empleados? El señor general O'Donnell, tan contrario al gobierno actual, ¿dónde reparo el día que hubiese necesidad de su espada, en ponerse al frente de un ejército, olvidando su posición y hasta sus piques personales, para ir al puesto que la patria y su deber le señalaban? En el año 40, señores, no quedó un solo hombre que no fuera laudado de su destino a impulso del furor esclavista del partido vencedor.

Pero una cosa son las instituciones políticas, y otra los deberes del hombre. Así se ve que en el ramo de generales necesitamos tener tres o cuatro juegos de ellos, uno para cuando mandan los progresistas, otro para cuando prevalecen los moderados, otro para cuando imperan las opiniones intermedias. Yo creo que esto deba acabar: no siendo así no puede entrar la nación en el buen camino.

S. S. nos ha hecho una profesión de principios casi aceptable para nosotros, y nos ha dicho que no había mas diferencia que en el modo de aplicarlos. Celebro que S. S. la haya hecho; pero permítame S. S. le diga que a pesar de su respetabilidad, como soy un poco viejo, desconfío de sus palabras. Ciertamente, el partido progresista dió un gran paso hacia las doctrinas de gobierno cuando estableció la Constitución del 37, prescindiendo de sus antiguos principios en una escala bastante estensa. Después de la revolución volvieron sus individuos a sentarse en los escaños legislativos, frente al partido moderado, y entonces nos dijeron, me parece que por boca del Sr. Cortina, que lo daban no se sabía bien hasta qué punto el partido progresista era partido de gobierno, porque había tenido el man lo en circunstancias azarosas. Yo le contesté que aunque sentiria su sabiduría al poder, me alegraría cuando llegase el caso, de ver esa segunda edición corregida y aumentada. ¿Y cual fue esa segunda edición? Acabamos de verlo en los años pasados con la Constitución que traxeron de darnos. Por eso digo que no hay mucho que fiar en las protestas que hacen los partidos cuando están en minoría.

Recordaré ahora dos casos que se me han quedado muy impresos en la memoria. A principios de 1839 se discutió largamente acerca de los bienes de la Iglesia, tratándose de devolverlos, sin perjuicio de lo que despus se hiciera, o no definitivamente. La mayoría del partido progresista votó por esto último, y a los pocos meses llegó al poder, y lo primero que hizo fué mandar vender esos bienes. El segundo caso es el siguiente: Hace pocos años, hombres muy respetables del partido progresista dijeron que como hombres de gobierno no volverían a restablecer la Milicia nacional y lo repitieron en el Congreso y en documentos públicos; y ese compromiso fué completamente olvidado, toda vez que posteriormente se restableció la Milicia, precisamente por los órganos de ese partido que habían dicho no la querían, y fué restablecida en un grado tal de desorden y confusión, cual nunca se había visto.

He explicado la palabra funestos, y debo concluir repitiendo que, dejando aparte su respetabilidad, y precisamente fundado en ella y en los méritos que puedan tener, suelen ser esos hombres, en el sentido que he explicado, los mas funestos a la gobernación del Estado.

El Sr. PRESIDENTE: El señor general Infante tiene la palabra.

El señor general INFANTE: Como sé por esperiencia que las rectificaciones y alusiones son el tormento de la mesa, no sé yo quien lo es al señor presidente del Senado a quien tanto respeto. Además, se me ha adelantado mi amigo el Sr. Luzziaga en varias rectificaciones que yo tenía que hacer; y esto me pone en el caso de no esplanarlas.

Respecto de la revolución de 1854, todos los señores senadores han convenido en que era inevitable: así lo han dicho el señor general Ferrer y el señor general La Hoz, los cuales no pudieron resistir, a pesar de su lealtad. Tampoco los siete ministros que componían el gabinete pudieron contenerla, y yo quisiera que me dijeran S. S. cuántos pechos se pasaron al lado suyo para sostener lo que se proponían. La revolución, pues, se hizo porque era inevitable, porque no se podía contener.

Habría querido yo que el señor ministro de Estado hubiese imitado la conducta del señor presidente del Consejo, que al una sola palabra había prometido para hablar desfavorablemente de las Cortes constituyentes, ni de los partidos que entonces mandaban; y de paso diré que ni un solo ministro de aquel fatídico día dijo jamás una palabra desfavorable a los partidos que antes habían dominado.

Ahora que se nos acusa de irreligiosos, podrían los señores religiosos tener presente aquel precepto de la escritura aquí citada: *Amad a vuestros enemigos.* Pero no, señores, se nos hacen descargas cerradas; se trata de una manera injusta a las Cortes constituyentes, que yo tuve el honor de presidir. Ellos no hicieron cosa alguna que no fuera por objeto el acatamiento al trono de nuestra reina, y no quisiera yo que fuésemos como las moscas, que saltan sobre la carne fresca y después van a posarse en la carne que está podrida. (Pide la palabra el señor ministro de la gobernación.)

Se ha olvidado que las Cortes constituyentes discutieron en los dos años dos presupuestos, rebajando siempre los de gastos? Se olvidó que se desarrollaron en los casos de las campañas de hierro, y llamaron con sus disposiciones patrióticas a capitalistas extranjeros y nacionales, que se emplearon en obras de utilidad común? Se olvidó que regularizaron el ejército? Se olvidó que cuando hicieron todo esto, el crédito había venido en España a estar de tal manera comprometido, como no lo había estado nunca?

Se habla de la desamortización, y el Sr. Pidal ha dicho que no la quiso en muchos años el partido progresista. Ciertamente que algunos individuos de ese partido opinan así; pero también lo es que la generalidad la viene sosteniendo desde hace largo tiempo.

Por lo demás, la desamortización es una cosa enteramente civil, lo cual no creo tengan dificultad en reconocer los señores ministros; y no hay, por lo tanto, motivo para hacer tantas acriminaciones.

Reconocido por todos que la revolución era inevitable, procuraron las Cortes contener con todos los mo-

dios físicos y morales los males que pudieran sobrevenir, respetando siempre el trono, pero hermoseándolo con la libertad y con las reformas que eran necesarias; las necesarias, que tengo el presentimiento de que los actuales ministros han de llevarlas a cabo, pues no veo otra manera de salir de las angustias en que se encuentra la Hacienda, a pesar de las ilusiones que se hace el señor ministro del ramo.

He dicho que no quiero molestar mucho la atención del Senado; y por lo tanto, y para concluir, solo me haré cargo de una atusión del señor conde de Lucena. Ha dicho S. S. que el día 14 de julio las Cortes constituyentes no reconocían al ministerio, puesto que el Sr. Infante no había dirigido un oficio por la secretaría al mayor duque de Palencia; pero esta fue una equivocación; que al momento se subsanó, dirigiéndolo al presidente del Consejo, del mismo modo que por la mañana se había dirigido otro dirigiéndolo que las Cortes se iban a reunir a las cuatro de la tarde. Esta es la verdad, así como el que las Cortes, en aquellos críticos y funestos momentos, no tomaron otra resolución siquier que no estuviese dentro del reglamento. Basta esto para demostrar que no hay motivo alguno para el cargo que se nos ha dirigido.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN: (Nocedal): Seguramente que el señor Infante no pensó en ello cuando ha indicado que hay personas que para defender con valor sus opiniones han estado aguardando a que las Cortes constituyentes estuviesen reunidas. No puede haber tiempo pasado en ninguno de mis señores compañeros, porque todos los que se hallaban en las Cortes constituyentes cumplieron con el deber, fué el mismo modo que yo, y si no lo hicieran, ¿por qué no merecieron la honra de ser elegidos para representar al país. Nosotros no hacemos hoy sino lo que hicimos en aquel tiempo, de triste recordación, para este desventurado país de triste recordación, si por mas que esto mortifique a los señores Luzziaga e Infante. (Como llamar a una situación de otra suerte, cuando al abrir las Cortes constituyentes empezó a levantarse su cabeza el partido republicano, conculcando a la legislación al resplandor de las hogueras de Valladolid?)

En cuanto a mí, señores, podría llamarme de feliz recordación, si pudiera, olvidando lo que exige el bien del país, considerarlo solo mi humilde persona; porque tuve la gloria de ser allí el centinela avanzado, el defensor de las opiniones del partido moderado, levantándome a defender cada jefe de ese partido al ilustre duque de Valencia, cuando contra él se hablaba. Acaso me ha valido esto alguna alusión, que se ha hecho con intención de ponarme, pero que nada me puzca; acaso haya consistido toda mi falta para algunos en defender a un partido que se decía ya muerto; pero, señores, yo no he hecho mas que cumplir con mi obligación, diciendo la verdad de la manera mas esplicita. Siempre que se me decía que el partido moderado estaba muerto, decía yo: no, el partido vive, y su jefe es el duque de Valencia. Yo era allí, repito, el representante, el defensor de todos los moderados; y allí fué donde dije una cosa, que hoy reprochan; que era preciso que el partido conservador volviera la espalda a las discusiones pasadas, y fijase sus ojos en el porvenir.

He dicho que aquellos sucesos son de triste recordación, e insistió en ello. Pues ¿qué? ¿Recordar acaso con placer el señor Infante el día en que la guardia que nos custodiaba se sublevó contra nosotros? ¿Recordar con placer que S. S. carecía de fuerza para hacerse obedecer? ¿Recordar con gozo que el presidente del Consejo de ministros fué insultado allí mismo por un centinela? ¿Recordar con placer que fué preciso armar a los porteros para que nos defendieran? Puede ser de alegre recordación, ni para el Sr. Infante, ni para el señor Luzziaga, el día en que, habiendo yo defendido mis opiniones, se lanzaron de las tribunas 300 ó 400 hombres, los cuales me fueron siguiendo e insultando sin que nadie me acompañase sino amigos políacos, uno de los cuales se sienta a mi lado; y al otro veo en una tribuna, por lo cual aprovecho esta ocasión para rendirle mi homenaje de gratitud? Por eso llamo a aquellos sucesos de triste recordación; por eso no contesto a la alusión que me ha hecho el señor O'Donnell.

«No se recuerda el día en que el Sr. Santa Cruz dijo: «Al menos el Sr. Nocedal ha tenido la franqueza de llamarse moderado!» No se recuerda lo que pasó, cuando el señor presidente, dirigiéndose a los diputados, les decía: «No interrumpas al orador, dejadle hablar, (porque se quería ahogar mi voz), yo os lo ruego, a lo cual contestaba yo: «Señor presidente, yo no niego, yo exijo que se cumpla el reglamento? Pasaron muchos días después de la apertura de las Cortes, sin que tuviera necesidad de vestirme la toga de abogado, en lo cual libro mi porvenir, mi esperanza para la educación de mis hijos... (Rumores.)

El Sr. PRESIDENTE: Orden.

El señor ministro de la GOBERNACIÓN (Nocedal): Pasaron muchos días, repito, sin que tuviera que vestirme la modesta toga de abogado para ir a defender a mis correligionarios que eran perseguidos por sus opiniones políticas? El Senado sabe que todo lo que estoy diciendo lo he dicho también corado de la Milicia nacional, rodeado de 20,000 hombres armados en Madrid; que me han de importar ahora esos murmullos alevés, de quien estonde la cara para murmurar de quien había y no le ve.

Se dice que jamás se habló nada por los miembros de aquel gabinete contra los de los gabinetes moderados de los once años; pero tampoco se rechazaron imputaciones injuriosas que se dirigían contra hombres ilustres que se habían sentado en este banco y merecido la confianza de la corona. Allí se presentó una acusación contra el último ministro moderado; y esto no satisfizo: a voz en grito decían: «Eso no basta, mas; que alcance al que le ha precedido; y tampoco esto fué bastante; y de ministerio en ministerio quiso hacerse la acusación extensiva a todos los ministerios de los once años; y lo repito, no se levantó ni una sola voz por parte de aquel gobierno contra el anatema que se quería lanzar sobre la frente de hombres ilustres que solo habían querido el bien de su país.

Se dice que nos olvidamos de que las Cortes constituyentes regularizaron el ejército. ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Con qué medida? Lo que hicieron las Cortes en todo caso, con motivo del ejército, fué una cosa que ha causado grandes perturbaciones en el país.

Cierto es que el Concordato dice que los bienes son vendibles, pero por quién? Por las Cortes constitucionales? No, porque eso sería lo mismo que sacar sin el consentimiento de los bienes a pública subasta, aunque fuese para entregárselos a mi el dinero.

Decía también el Sr. Infante: ¿no se respetó el Trono en las Cortes constituyentes? ¿Cuándo? Pregunto yo. ¿Cuándo se le puso a discusión? ¿Cuándo se interpuso a los diputados si les parecía bien que hubiese Trono en España, y que le ocupara Juan o Pedro? ¿Cuándo se le dijo que se le iba a imponer una Constitución, negándole la sanción de ella? Si no fue ese día, ¿fue cuando se acordó que una de las bases constitucionales fuese la sanción de las leyes ordinarias, principio que se salvó por los votos de los pocos moderados que estábamos allí?

Voy a concluir, señores senadores, porque ya estaréis fatigados y acaba la hora de reglamento. Ya lo habéis visto, el ejercicio contrario está enfrente, busca dispersos que se le agreguen, y procura diversas colisiones. No olvidéis que si llega el día del peligro, la manera de evitarlo es unir todos los elementos conservadores para que todos los hombres del partido moderado se agrupen bajo la bandera constitucional.

Así la salvación es segura; así alcanzaremos la gloria de hacer compatible la libertad con el orden, dando a los amantes de estos objetos una intervención directa en la gestión de los negocios públicos.

El Sr. PRESIDENTE: Siendo pasadas las horas de reglamento, se suspende esta discusión para continuarla el viernes.

Levantase la sesión.

Eran las cinco.

CONGRESO.

VICE-PRESIDENCIA DEL SEÑOR MAQUIEIRA.

Estrato de la sesión celebrada el día 20 de mayo de 1887.

Abierta a las dos menos cuarto, se leyó y aprobó el acta de la sesión anterior.

Pasaron a la comisión varios documentos relativos a las actas electorales.

Quedaron sobre la mesa los dictámenes proponiendo la aprobación de las actas de Santa Fe (Granada) y Puenaleón.

Se acordó contestar al Sr. D. Roman Goicoerola que el Congreso había recibido con aprecio doce ejemplares de la Memoria sobre la información de los restos del cardenal Cisneros verificada en Alcala.

Juraron y tomaron asiento los señores Burques, Zaforteza, Vicens, Vich, San Vicente y Jover, que ingresaron respectivamente en las secciones 5.ª, 6.ª, 7.ª, 1.ª y 2.ª.

ORDEN DEL DIA.

Se leyó el dictamen de la comisión de actas relativo a las de Rioseco, sobre el cual dijo:

El Sr. SANTA CRUZ: Señores, la ley electoral confiere a las mesas de las secciones facultades muy amplias. Esas mesas deben corresponder a la confianza que se deposita en ellas, y cuando en el acta que está sobre la mesa aparece una reclamación firmada por sesenta y tantos electores que dicen que al tiempo de constituirse la mesa de Mayorga leía el alcalde papeletas que contenían diversos nombres de los que pronunciaba, puesto que los electores al votar al candidato de oposición escribieron las papeletas de distinto color, y al ver que el alcalde leía otros nombres de los que se habían escrito, pedían que se las enseñase, y el alcalde se negaba a hacerlo.

Noventa y tantos electores hicieron una protesta sobre este hecho, y la mesa no admite esta protesta ni consiente que se consigné el hecho en el acta. ¿No ha de venir esta limpia, si las protestas no quieren admitirse. Acuden los electores al juez de primera instancia para probar que no se les había admitido la protesta, y se les niega esa información, y cuando acuden al Congreso, la comisión de actas pasa por encima de es-

ta incidente porque dice que no afecta al resultado de la elección. (El Sr. Ordoñez pide la palabra.) ¿Qué hacen los electores y los candidatos de oposición en este caso? ¿Es posible que un Congreso de hombres como los que aquí se reúnen, sancione estos hechos?

Esto es cuanto tenía que decir con relación a la elección de Mayorga, por lo demás reconozco y confieso que no afecta al resultado definitivo de la elección, puesto que el Sr. Cuadrillero ha obtenido en la sección de Rioseco mayor número de votos que el total de los de la sección de Mayorga.

Vamos ahora a la cuestión de aptitud legal del señor Cuadrillero; S. S. ha sido juez de paz al tiempo de hacerse las elecciones, y si bien la comisión dice que en la ley electoral no se habla nada de los jueces de paz en particular, se habla de los funcionarios públicos que ejercen jurisdicción o autoridad, entre los cuales están comprendidos estos.

Estas son las reflexiones que tenía que dirigir al Congreso, y que espero que este se servirá tomar en consideración.

El señor POSADA HERRERA: Tres son las cuestiones que ha promovido el Sr. Santa Cruz con motivo de esta acta; la primera tiene por objeto el que la comisión manifieste su dictamen respecto a si los jueces de primera instancia deben admitir o no las informaciones judiciales que los respectivos candidatos hacen ante ellos; la segunda versa sobre el fondo del acta, y la tercera sobre la aptitud legal del candidato electo.

En cuanto al primer punto diré a S. S. que la mayoría de la comisión cree que los jueces de primera instancia no deben nunca negar estas informaciones; pero al decir esto no hace más que manifestar su opinión como puede manifestarla todo español sobre materias legales, y de ningún modo como autoridad para dar un fallo definitivo sobre un asunto que no es de su competencia. Creo que el Sr. Santa Cruz se dará por satisfecho con esta explicación. En cuanto al segundo punto, la comisión no ha tenido duda ninguna, puesto que aun cuando las protestas sean ciertas y estuviesen probadas, siempre resultaría el Sr. Cuadrillero con una gran mayoría de votos. El tercer punto es el que verdaderamente tiene alguna importancia, y por eso la comisión ha querido que no se discutiera esta acta hasta después de constituido el Congreso; pero cree que, habiendo sido práctica en otras ocasiones, que los alcaldes, cuyo cargo es gratuito, no estuvieran incapacitados para venir al Congreso, debe suceder lo mismo con los jueces de paz, cuyas atribuciones son parte de los alcaldes.

Estas son las razones por lo que la comisión estima que el señor Cuadrillero debe ser admitido como diputado.

El señor CUADRILLERO: Señores, yo estoy satisfecho de la manifestación que ha hecho el señor Posada Herrera, pero creo que me debo poner a salvo la conducta que ha observado la mesa de Mayorga. Tanto en la sección de Rioseco, como en la de Mayorga, se constituyeron la mesa interior y la definitiva, y se proclamó también al diputado electo que ahora tiene la honra de dirigirse al Congreso, sin protesta ni reclamación de ninguna clase.

Los venidos apelan a las armas a que apelarán todos si saben que ha de dárseles algún valor, y dijeron que la mesa se había conducido ilegalmente, pero ellos mismos dicen que el diputado que ahora tiene la honra de dirigirse a la palabra al Congreso, tiene 140 votos, y el señor Calvo Asensio noventa y tantos, y solo esto hace ver que no pudo haber fraude, puesto que mis parciales tenían la seguridad de que sacarían mayoría.

La mesa de Mayorga se condujo, pues, con toda legalidad puesto que no tenía necesidad de conducirse de otra manera, como lo prueba también el que otro candidato que se presentó apareció con el número de votos que se le dieron; si el Sr. Calvo Asensio hubiera tenido algún hubiera aparecido en el acta.

Respecto a mi aptitud legal, no creo ya que se hubiese suscitado esta cuestión, puesto que en otras ocasiones han venido al Congreso alcaldes, y los jueces de paz no tienen sino parte de las atribuciones de es-

tos; en todo lo demás me refiero a lo que ha manifestado la comisión, por no molestar al Congreso, cuya indulgencia reclamo.

Los Sres. Santa Cruz y Cuadrillero rectificaron.

El Sr. GONZALEZ DE LA VEGA: Siento mucho molestar la atención del Congreso en una cuestión tan enojosa como esta, puesto que siempre tiene que rozarse con las personas; pero me mueven a tomar parte en ella los desmanes y crímenes que se han cometido en la elección de Mayorga, puesto que se ha faltado abiertamente a diferentes artículos de la ley electoral no eligiendo para secretarios de la mesa interior a los dos mas jóvenes y los dos mas ancianos, sino a cuatro individuos a voluntad del alcalde; se leyeron nombres de los que habían escrito en las papeletas, y no se quisieron enseñar estos a los electores cuando se solicitó, por tener duda de si habían estado bien leídas; además, cerca de cien electores protestaron en el acto, y esta protesta no se quiso hacer constar en el acta, ni se les admitió por el juez de primera instancia de Villalon una información de testigos que intentaron ante él.

El Sr. CUADRILLERO: Ya que el señor Gonzalez de la Vega ha hablado de los crímenes y falsedades que se han cometido en Mayorga, fundándose en la protesta de esos sesenta individuos, yo manifestaré a S. S. que en esa protesta es donde hay falsedad y crimen, puesto que se encuentra en ella el nombre de un individuo que no aparece como elector en las listas que obran en la comisión de actas.

En cuanto a mi aptitud legal, yo solo he sido juez de primera instancia por ausencia del propietario, y en mi calidad de juez de paz, si pues las atribuciones de este cargo no me inhabilitan para venir diputado por aquel distrito, no puede tampoco el haber desempeñado interinamente el cargo de juez de primera instancia, que es una de estas atribuciones.

El Sr. OROBIO: Señores, el debate de esta acta se parece a una batalla en que el enemigo se va batiendo en escalo; al principio se dijo que esta acta era muy grave, y luego de la discusión ha nacido que no había duda de que el Sr. Cuadrillero era el candidato elegido, y solo se dice ya que se debe dar al gobierno noticia de las faltas que se han cometido en la mesa de Mayorga.

La comisión que ya ha presentado otro dictamen aducido en este sentido, y que hoy mismo presenta otro con la misma adición, no puede complacer al señor Gonzalez de la Vega, puesto que otros dos candidatos que aparecen en el acta habrán obtenido votos, aunque en número muy corto, no han presentado protesta ninguna, y solo si el Sr. Calvo Asensio que no aparece en el acta. No hay, pues, motivo para creer que los dos candidatos venidos no han hecho reclamación de ninguna especie, siendo así que la mesa estaba intervenida por ellos.

Creo innecesario causar por mas tiempo la atención del Congreso.

Sin mas discusión quedó aprobada el acta, y admitido como diputado por el distrito de Rioseco el señor Cuadrillero.

Se leyó una adición al párrafo quinto del proyecto de contestación al discurso de la Corona, firmada por los señores Latorre, Yañez (D. Ignacio), Sanjurjo, Flores, Fuente, Vazquez Parga e Iglesia.

El Congreso quedó enterado de una comunicación sobre el proyecto de ley de instrucción pública, en que participaba haber nombrado presidente al señor Posada Herrera, y secretario al señor Goicoerola.

Se leyó y quedó sobre la mesa el dictamen de la comisión de actas, proponiendo la aprobación de la del distrito de Casas Ibañez, y pasando al gobierno un tanto de los hechos, para que entendieran en ellos los tribunales.

El señor Cuadrillero juró y tomó asiento ingresando en la tercera sección.

El señor PRESIDENTE: Mañana, con motivo de la solemnidad del día, no hay sesión, pasado mañana se discutirá el dictamen que ha quedado sobre la mesa. Se levanta la sesión. Eran las tres.

CRONICA DE PROVINCIAS.

—Correspondencia de Palma, nos dice que los señores suscritores del ferro-carril de Palma a Inca, celebraron sesión en el estudio general, quedando aprobados los estatutos y reglamento de la sociedad, y acordaron reunirse para tratar la cuestión de trazado y construcción de la línea, cuyos estudios no se resolvieron definitivamente.

Por ellas sabemos igualmente que el vapor español *Rey Don Jaime I.*, ha fundado en aquel puerto sin novedad, procedente de Valencia, en catorce horas de navegación, conduciendo la correspondencia pública y 60 pasajeros, entre ellos el Excmo. señor marqués de la Romana con su familia, la Excmo. señora doña Inés Borrego viuda de Sureda, el señor don Leandro Villar y Villafuente gobernador de esta provincia, el señor don José Ripoll y Mezquita abogado fiscal del Tribunal supremo y el señor don Bartolomé Obrador, director general jubilado de Sanidad.

—El célebre pianista Henry Herz ha llegado a Barcelona, procedente de Madrid: la empresa del teatro de Santa Cruz ha conseguido que dé un concierto en el mismo.

—La Guardia civil ha estinguido una cuadrilla de malhechores que vagaban por la provincia de Pontevedra.

—Leemos en un periódico de Cataluña:

«Ferro-carril de Barcelona a Zaragoza. —Para comprender la importancia de esta vía basta saber, que ayer domingo, por ser la fiesta de Sabadell, llamada del Aplech de la Salud, obtuvo la sociedad el producto de los duros 991,129, de los cuales ha debido pagar por derecho de peaje de las dos leguas de Barcelona a Moncada, a la compañía del ferro-carril de Granollers, la exorbitante suma de duros 329,718; y sin embargo, a la llega la del tren extraordinario, que se irían como las onces de la noche, se encontró la estación a oscuras, porque, según dijeron, el presidente de dicha sociedad había dado orden de apagar el gas, por cuyo motivo los empleados de la de Zaragoza tuvieron que recurrir al medio de colocar algunos faroles sobre los postes. —Hay cosas que se ven y se tocan y todavía parecen imposibles!»

CRONICA GENERAL.

—Comunion. —El colegio de escuelas Pías de San Antonio Abad hará hoy con la solemnidad de costumbre, su primera comunión los niños preparados al efecto, dirigiéndoles una plática el padre Manuel Campo, y concluida la devota y hermosa ceremonia saldrán en procesion por las calles inmediatas a aquella iglesia.

—Lisboa. —La compañía española del Sr. Maizquez ha puesto en escena la zarza *Los Diamantes de la Corona*. Esta obra no ha obtenido éxito; los portugueses no han podido ver en paciencia a su reina doña Isabel I casada con un advenedizo conde de Sandoval. Doña María I, dice un periódico de aquella capital, está muy inocente nestas necromancias teatrales. El ministro tampoco ha hecho gracia.

—El Orbe. —Este periódico no se publicó ayer: en cambio anuncia a sus suscritores que desde el número de mañana, aumentará sus dimensiones haciéndole de un tamaño igual al de nuestro diario.

—Funcion de iglesia. —Hoy, último día de la solemne novena que las religiosas de San Pascual de esta corte dedican a su glorioso titular, celebrará la función el Excmo. señor duque de Osuna, asistiendo por mañana y tarde un esojudo coro de voces e instrumentos bajo la dirección del Sr. Vazquez.

ANUNCIOS DE EL OCCIDENTE.

LOS SERES INVISIBLES,

por D. JUAN MANUEL DE BERROZABAL,

MARQUES DE CASAJARA.

Esta obra, que acaba de publicarse, se halla de venta a 5 rs. en las librerías de Aguado y Olamendi, calle de Poncejos, y en la de Sanchez, calle de Carretas, a cuyos puntos se dirigirán también los pedidos que se hagan para provincias.

ROB BOYVEAU-LAFECTEUR, LOS MEDICOS DE LOS hospitales recomiendan el Rob-Boyveau Lafecteur; es el único autorizado por el gobierno y aprobado por la real sociedad de medicina, garantizado por la firma del doctor Girardeau de Saint-Gervais, médico de la facultad de París. Este remedio, de muy buen gusto y muy fácil de tomar con el mayor sigilo, se emplea en la marina real hace mas de sesenta años, y cura en poco tiempo con pocos gastos y sin temor de recaídas, todas las enfermedades agudas, nuevas, inveteradas o rebeldes al mercurio y otros remedios, así como los empujes y las enfermedades cutáneas. El Rob sirve para curar:

Herpes-Abeccos, Gota-Marasma, Catarros de la vejiga, Palidez, Tumores blancos, Asmas nerviosas, Ulceras, Sarna degenerada, Reumatismo, Hipocordria, Hidropesia, Mal de piedra, Sífilis, Gasto-enteritis, Escrófulas, Escorbuto.

Depósito, noticias y prospectos gratis en casa de los principales boticarios.

Depósitos autorizados: —España: Alicante, Soler y compañía. —Algeciras, José de Muro. —Barcelona, Magin Ribalta, Vidal y Pou, Pedro Cuyas. —Bayona, Lebouf. —Bilbao, Justo Somonte, Arriaga, Monasterio. —Burgos, Barrio Canal, Julian de la Liera, Leon Colina. —Cáceres, doctor Salas. —Cádiz, Salas, Muñoz, Francisco Mendoza, doctor José María Mateos. —Cartagena, Pablo Marquez. —Coruña, Puga. —Gerona, Garriga. —Gibraltar, Dautze, Patron y Dumovich. —Jaen, Sagrista. —Játiva, Serapio. —Argeles. —Jerez de la Frontera, Joaquín Fontan. —Lisboa, Baral, Alves de Acededo. —Lérida, D. José A. Abadal. —Madrid, José Simon, agente general, D. Vicente Calderón, D. Vicente Collantes, Borrell hermanos, D. Mariano Miguel, D. Julián María Pardo, D. Victoriano Vivesa, D. Manuel Santibañez. —Málaga, Pablo Prolongo. —Oviedo, Manuel Díaz Argüelles. —Oporto, Araújo. —Santander, José Martínez, Bernardo Corpas. —San Sebastián, Senilly. —San Sebastian, Ordozgoiti. —Sevilla, señora viuda de Troyano, Miguel Espinosa, J. Campelo. —Tallal, Juan Miguel Lande. —Tarragona, D. Tomás Cuchi, Castillo y compañía. —Valencia, D. Miguel Domingo, Vicente Greus. —Valladolid, Mariano de la Torre, Mariano Minguez. —Vitoria, Zabala. —Zaragoza, Clavillar y Julian Herian.

Adoptado por real cédula de Luis XVI, por un decreto de la Convención, por la ley de pracial año XIII, el Rob ha sido admitido recientemente para el servicio sanitario del ejército belga, y el gobierno ruso permite también que se venda y se anuncie en todo su imperio.

Los farmacéuticos que desean ser agentes generales para la venta del Rob-Boyveau-Lafecteur, deben mandar 300 francos, o sean 60 napoleones, al doctor Girardeau de Saint-Gervais, rue Richer, núm. 12, en París, y recibirán en cambio una caja de botellas de Rob al precio de los farmacéuticos. (A.)

EL ARTISTA EN CABELLO QUE VIVE CARRERA de San Gerónimo, núm. 4, da parte a sus numerosos parroquianos, de los asombrosos adelantos que ha conseguido en su arte, pues se ve que lleva al último grado la imitación al natural lo que representan sus preciosos cuadros. También hace, con pelo castaño, pueras, alfileres de pecho medallones y cuanto el capricho pudiera inventar.

El mismo peina señoras a domicilio y elabora toda clase de postizos. Vinoder.

EL AMIGO DE MACIAS,

JUAN RODRIGUEZ DEL PADRON

NOVELA HISTORICA ORIGINAL,

DE DON MANUEL TORRUEJOS.

Esta interesante novela constará de 20 a 25 entregas de 16 páginas con buen papel, letra clara y elegante impresión. Su precio un real cada una, tanto en Madrid como en provincias, pagándolas en estas de cuatro en cuatro adelantadas, y remitiendo su importe en sellos o libranzas a favor de su autor calle de la Estrella, núm. 17, cuarto principal de la derecha, Madrid. Se suscribe además en las librerías de B. Bailliere, calle del Príncipe, núm. 11, y de Lopez, calle del Carmen, núm. 29.

Se ha repartido la primera entrega, a la que acompaña una lámina litografiada.

LIBROS DE SURTIDO Y PUBLICACIONES NUEVAS que se hallan de venta en la librería de Dochoa calle de Jacometrezo, núm. 63.

Ortolan: Explicación histórica de la instituta del emperador Justiniano, en castellano, cuatro tomos 8. mayor; rústica 30 rs.

Compendio geográfico-estadístico de Portugal y sus posesiones ultramarinas, por D. José Aldama Aya la, Madrid, 1855. Un tomo 4.º; rústica 30 rs.

Arveilla: Diccionario de la legislación mercantil de España, un tomo 8.º mayor; rústica 12.

ACEITE DE LA MARAVILLA. —CON SOLO USAR de este específico por espacio de 15 a 20 días, hace nacer el cabello y la barba, fortifica la raíz del pelo, impide su caída y conservarlo sin encanecer con toda su hermosura: sus resultados son conocidos y acreditados: también tiene excelente para teñir las canas a la primera vez de darse. Se vende calle del Carmen, núm. 39, Bazar Madridiño, tienda de D. Francisco Gregorio.

EL CONSEJERO DE LAS CASADAS: CORRESPONDENCIA epistolar del Dr. Gregorio Cantueso con varias señoras.

En esta obra se pintan los diversos caracteres de las mujeres, y se ofrecen a la vista del lector algunas situaciones interesantes. El autor se propone que con

sus avisos logren las señoras grangearse el afecto de sus maridos y ser felices en su matrimonio.

Se halla de venta a 4 rs. en las librerías de Sanchez, calle de Carretas, Aguado y Olamendi, calle de Poncejos, a cuyos puntos pueden también dirigirse los pedidos para provincias.

HISTORIA GENERAL DE ESPAÑA, DESDE LOS tiempos mas remotos hasta nuestros días. —Pordon Modesto Lafuente (Fr. Gerundio). —Se ha repartido el tomo 17 de esta importantísima obra. Cada tomo consta de mas de 400 páginas en octavo mayor, edición muy esmerada y correcta, con caracteres nuevos y papel superior. Los tomos se remiten encuadernados a la rústica con una bonita cubierta.

El precio de suscripción es 20 rs. tomo en Madrid, y 22 en provincias pagados adelantados.

Los que se suscriben de nuevo no tienen necesidad de tomar de una vez, sino quieren, los tomos publicados, sino que pueden hacerlo poco a poco a su comodidad, pagando los tomos a medida que los reciben.

Se suscribe en Madrid en el despacho del establecimiento de Mellado, calle del Príncipe, núm. 25, y en provincias en casa de los correspondientes de dicho establecimiento o remitiendo libranza del importe. Está en prensa el tomo 18.

EL REGALO, SEMANARIO DE CIENCIAS, LITERATURA, MODAS, TEATROS Y ANUNCIOS. —Gratís, por regalarse el valor de la suscripción en objetos, y además: un anuncio gratis; agencia para la colocación de sirvientes y operarios; valor de CUARENTA REALES al que tenga el número igual al primer extracto de la lotería primitiva; otro regalo, valor de MIL REALES, al que tenga el número igual al del premio mayor de la lotería moderna.

Se publica todos los domingos.

Los que se suscriben pueden escoger para reintegrar el valor de la suscripción:

Obras instructivas, de recreo y de educación; comedias y música.

Objetos de escritorio y perfumería.

Tarjetas de abono para barbería y peluquería.

Idem para limpiarse el calzado.

Cuadros y retratos.

Y otros mil objetos que pondremos todos los meses a disposición de los que se suscriban.

A los suscritores de provincias les remitiremos por el valor de la suscripción obras instructivas y de recreo, siendo de cuenta del suscriptor el franqueo de dichas obras.

MADRID. Un mes, cuatro reales.

PROVINCIAS. Un trimestre, 14.

Se suscribe en la administración, Carrera de San Gerónimo, Pasaje del Iris, tercera tienda de la derecha, donde se hallan los objetos para escoger.

VINAGRE PARA LA MESA. —SE VENDE TAN transparente y fino como el agua, muy fuerte y de un gusto especial a 5 rs. botella con casco; calle del Clavel, núm. 2, almacén de vinos y licores de Soria.

LECCIONES DE FORTIFICACION PASAJERA O de campaña aprobadas de real orden, previo el parecer de la junta superior facultativa del cuop de

ingenieros, y explicadas en la academia de sargentos primeros de infantería afecta al colegio del arma, por el comandante graduado profesor del mismo, D. Juan Jerez y Arraga.

Esta obra, para cuyo estudio solo se necesitan nociones de aritmética y geometría, y que en lo general se cifia a aplicaciones puramente prácticas, se vende en 8.º francos con seis láminas litografiadas, impresas en Madrid en la librería de Gaspar y Roig, calle del Príncipe, núm. 4.

Su precio envenenada a la rústica, es el de 8 rs. en Madrid, 10 en provincia y 20 en Ultramar franca de porte, en casa de los correspondientes de dichos señores.

AGENCIA LITERARIA Y DE NEGOCIOS, DE ELIAS Heredia y Hermano, en Palencia, calle Mayor.

Tenemos el gusto de anunciar este establecimiento a todos los editores para que les favorezcan con sus publicaciones, y a las personas que tengan negocios en dicha provincia, para que se les confíen de buena fé, porque son personas de honradez y activos para su desempeño.

HISTORIA MILITAR Y POLITICA DE DON RAMON Maria Narvaez, un tomo en 4.º, adornado con su retrato, se vende a 26 rs. en la librería de don Leon P. Villaverde, calle de Carretas, núm. 4. Se remite franco a provincias, mandando al señor Villaverde 28 rs. en libranzas de correos, o sellos de franqueo.

ACADEMIAS DE FRANCES, INGLES E ITALIANO, bajo la dirección del profesor don Clemente Cornellas, autor de las gramáticas francesas, e inglesa. También da lecciones particulares de los mencionados idiomas, y enseña el español a los extranjeros, calle del Carmen, número 55, 4.º derecha.

Véndense dichas gramáticas, cada una a 16 rs. en rústica y 20 en pasta, en las librerías de la Publicidad, pasaje de Matcu; Bailly-Bailliere, calle del Príncipe, número 11, Cuesta, calle Mayor, y en casa del autor.

VINO DE NARANJA. —ESTA AGRADABLE y deliciosa bebida principalmente para las damas, se vende a 8 rs. botella; calle del Clavel, núm. 2, almacén del cosechero, Soria.

COMISION DE SUSCRIPCIONES. —BAJO ESTE titulo se ha establecido en Murcia un centro de suscripciones a toda clase de obras y periódicos, el cual recomendamos a todos los editores, pues lo muy conocida que es en dicha capital la persona que se halla al frente de la misma, unido a su aptitud y honradez, es la mejor ventaja que se puede desear.

El que desee utilizar sus servicios, puede dirigirse a D. Rafael Almazan y Martin, calle de San Lorenzo, núm. 11.

ANATOMIA DEL CORAZON. NOVELA ORIGINAL DE DON TEODORO GUERRERO.

Segunda edición.

Se ha hecho una edición correcta y esmerada de esta novela de costumbres contemporáneas que ha visto la luz en las columnas del periódico *El Estado*. Forma

—Abuso que puede ser funesto. —Se ha establecido a 300 pasos de la Puerta de Fuencarral, y muy inmediato al hospital de la Princesa, una fábrica de guano artificial, en la que se dá principio casi todos los días a las tareas de combustión al anochecer, continuando en ellas toda la noche. En estas operaciones se emplean, entre otras materias, varias sustancias y partes animales, tales como la sangre, el cuero, la mar, y los huesos; los cuales se quemán al fuego libre, sin aparatos con chimeneas que recojan y eleven los humos a cierta altura. Desde que la combustión empieza, se extiende una densa nube de humo y emanaciones pestilenciales por todo el ámbito, la cual, pegada a la tierra sigue la dirección del aire lentamente, y penetra en las casas hasta por los mas estrechos intersticios.

Somos muy amantes de la industria, y no tenemos contra la de la fabricación del guano la menor antipatía, antes bien la deseamos mucha prosperidad; pero celosos del bien público, y seguros de que el abuso que denunciarnos puede perjudicar a la salud de las personas, que habitan en las afueras a Fuencarral y hasta en Chamberí, nos creemos en el caso de llamar sobre esto la atención de la autoridad, a fin de que se arbitre un medio, que sin lastimar los intereses de la empresa del guano, ponga a cubierto la salud y la comodidad de los que viven a cierta distancia de la fábrica en cuestión.

CRONICA RELIGIOSA.

SANTO DE HOY.

La Ascesion del Señor, y Santa Maria de Socors, virgen.

CULTO DIVINO.

Cuarenta horas en la parroquia del Salvador y San Nicolás, donde se celebra función a su divino titular, con misa mayor a las diez y panegírico que dirá don Ciriac Cruz; y por la tarde solemnes completas y procesion con el Santísimo Sacramento. —Sigue la novena de Jesus del Perdon en la iglesia de San Juan de Dios: predicará por la mañana D. Juan de la Cruz y Vera; y por la tarde D. Gregorio Montes. —También continúan las solemnes funciones a Santa Rita de Casia en la iglesia de Nuestra Señora del Carmen, diciendo el panegírico a la misa D. Juan García Rodríguez, y cantándose por la tarde solemnes vísperas después de laida la novena. —Concluye la novena de San Pascual Bailon en su iglesia de religiosas, siendo orador por la mañana D. Ruperto Urra, y por la tarde D. Gregorio Montes: en estos tres últimos templos se cantará Nona por motivo de la festividad del día. —Asimismo continúa la devoción del mes de Maria en los templos siguientes: en Santo Tomás, San Antonio de San Isidro, San Ignacio, en el oratorio del Escrito Santo, en Santiago, en la Buena Dicha, Nuestra Señora de Gracia y Santa Catalina de los Dominicos. —Y en los Italianos y oratorio habrá por la noche ejercicios según costumbre. —Se rezará de la Ascesion del Señor, con rito doble y color blanco.

TEATROS.

PRINCIPE. —A las cuatro y media de la tarde. —Sinfonía. —El drama nuevo en seis cuadros y un epílogo, titulado *El camino de presidio*. —El aplaudido baile denominado *Los valeseros*.

A las ocho y media de la noche. —La misma función.

ZARZUELA. —A las ocho de la noche. —Los Mayagres.

Editor responsable, D. SALVADOR P. RODRIGUEZ.

Imprenta de EL OCCIDENTE,

a cargo de J. GARCIA VERDUGO, T. de Moriana, núm. 3.

Un tomo de cerca de 400 páginas y se vende al fin precio de 6 rs. en Madrid en las librerías de Duran calle de la Victoria; Lopez, calle del Carmen; Bailly Bailliere, calle del Príncipe; Cuesta, calle Mayor, y la administración de *El Estado*, plaza de Bilbao, número 13, cuarto bajo, y en la imprenta Española, calle de Torija, núm. 14.

A provincias se remitirá el tomo franco de porte, remitiendo diez y siete sellos de a 4 cuartos en carta a favor del administrador de *El Estado*.

EL TELEGRAFO, PERIODICO MERCANTIL, DE noticias y anuncios, que se publica en Murcia.